

ORATORIA

Miguel Pelay Orozco



Pensándolo bien, el gran orador es siempre un histrión. Podrá ser retórico, sutil, desgarrado o sentimental, pero en último término hay siempre en él un fondo de comediante, de actor.

El gran orador, quizá de un modo espontáneo e indeliberado, utiliza muchos trucos que parecen inspirados por Talía, la musa de la corona de hiedra y la máscara en la mano. Los necesita para suscitar emociones. El gran orador sabe - tal vez sin saber que sabe (si se me permite la enmarañada expresión) - muchas cosas de peliagudo aprendizaje. Sabe, por ejemplo - y lo sabe desde el principio de su carrera, sin necesidad de complicados estudios o entrenamientos previos -, eso tan difícil y que tanto tiempo y esfuerzo lleva a los que se dedican al canto, como es el impostar y regular la voz. Sabe matizar perfectamente sus inflexiones, con patéticos *fortísimos* y tenues *pianos*. Sabe atronar los espacios de un amplio local repleto de público, para encender y hacer vibrar con sus débiles susurros, la emoción y el enternecimiento de los graderíos.

Evidentemente, el expresarse con fluidez, incluso echando mano de citas, retruécanos, metáforas y toda clase de recursos efectistas, no le basta al orador de campanillas. Necesita, además, ser un perfecto recitador de sus propias oraciones. En un momento dado, ha de saber alzar la voz patéticamente. O bajarla, hasta convertirla en un leve rumor. En ciertas fases álgidas de su disertación improvisará alguna pausa, mientras nos muestra los puños de la camisa y abomba el tórax en actitud desafiante. O por el contrario, se comprimirá en un ademán súbito y deprecativo. Será capaz de lanzar miradas fogosas y tartarinescas al auditorio, o de bajar los ojos en aquellos *pianos* encaminados a suscitar la compunción del público.

Todo esto, como se comprende, resulta poco menos que inalcanzable para el hombre corriente, por grande que sea su cultura y su preparación, siempre que, como digo, no posea esa instintiva naturaleza histriónica de los oradores de raza, que conmueven desde el principio a sus auditorios. Después, con el

tiempo, podrá perfeccionar y redondear sus discursos, adquiriendo un léxico más o menos elegante y eficaz y adornando sus intervenciones con un rico surtido de citas y anécdotas. Pero, repito, uno de los elementos primordiales para desenvolverse en una tribuna - y de las difíciles, además, de esos que generalmente no se aprenden porque nacen con uno -, ya lo tiene desde que hace su primera aparición pública en un club juvenil, en un mitin político o en la sala de un ateneo de provincias.

Yo he oído a algunos profesores eminentes pronunciar sus oraciones, a veces importantes, de una manera gris y tediosa, con la misma mecánica entonación con que pudiera leerse una página de la guía de ferrocarriles o la carta del restaurante. Su voz sonaba monótona, anodina, como una lejana y fastidiosa melopea. Y, naturalmente, salvo un pequeño número de auditores especialmente interesados en el tema, el resto de los asistentes apenas si podían contener su aburrimiento, su impaciencia y sus bostezos mitigadores. He escuchado asimismo a no pocos políticos garrulos y adocenos, pero dotados de cierto talento oratorio, que han levantado entusiastas ovaciones con sus vulgaridades y lugares comunes. Naturalmente, al día siguiente, con la lectura de la reseña del acto en el periódico, se comprendía rápidamente que aquello no era nada ni tenía ningún valor. El éxito y la vigencia de su intervención habían resultado, pues, en extremo, efímeros.

Aquella arenga aparatosa y triunfal que la víspera arrancara encendidas ovaciones, al pasar por el sereno tamiz del texto taquigráfico - es decir, depurada de ademanes, gesticulaciones, inflexiones de voz y demás teatralidades - se la llevaba el viento, en tanto que la premiosa disertación del profesor, al cabo de los días podía conservar y aún acrecer su interés, suscitando nuevas reflexiones.

Ese orador que durante una hora emociona y electriza a toda una muchedumbre, rara vez convence de verdad con sus alegatos y sus sofismas. Entre otras razones, porque generalmente anima al auditorio a algo de lo que ya está convencido de antemano. El público que asiste a un mitin, generalmente va a escuchar aquello que desea. Es un poco como si eligiera el programa de un concierto o de una representación. Y el político, que sabe esto mejor que nadie, no le defrauda y le sirve el menú apetecido.

Todo esto que digo no es sino una generalización, naturalmente, porque frente a oradores habilidosos pero de precarios principios (de vuelo político un tanto gallináceo), los ha habido también de vuelo majestuoso y aguileño. Estos han pasado a la posteridad, al igual que sus discursos. Como Churchill durante la II Guerra Mundial con su dramática alocución de la sangre, el sudor y las lágrimas, plato que, naturalmente, no se lo pedía el pueblo inglés, pero que él tuvo que ofrecérselo, como primer peldaño para la victoria final. O el: "Yo soy berlinés", proclamado patéticamente por Kennedy en el Berlín inquietante de la guerra fría y que constituyó un formidable respaldo moral, no solamente para los aterrizados habitantes de la metrópoli sino para todos los alemanes.

Quiere decirse, pues, que en el mundo de la oratoria, como en otros muchos ámbitos existentes en el planeta, para decirlo de una manera contundente y vulgar, hay de todo. Como en botica.